

René Girard y la guerra.

*L'accroissement de la puissance de l'homme sur le réel m'effraie...*¹

La teoría del deseo mimético de René Girard se basa en la idea de que el hombre nunca desea por sí mismo sino imitando los deseos de un tercero tomado como modelo, el mediador. Transdisciplinar en su desarrollo, Girard, siempre ha preferido antes que los conceptos abstractos y el anclaje metafísico, el material empírico que aportan los hechos y acontecimientos de la historia y el dinamismo de los mecanismos, como el del chivo expiatorio y el del sacrificio. Nacido el 25 de diciembre de 1923 en Avignon, antiguo alumno de la Escuela de Charters, venido "de la nada" como le gusta decir, René Girard se interesó primero por el deseo mimético a través de la literatura (Mentira romántica y verdad novelesca) antes de interesarse por la etnología y las religiones arcaicas. Antropólogo autodidacta nombrado Inmortal de la Academia Francesa en 2005, pensador cristiano convertido por su teoría – “No es porque sea cristiano que pienso como pienso; es porque mi investigación me llevó a pensar lo que pienso, por lo que me hice cristiano”, escribió – René Girard ha construido una antropología del fenómeno religioso novedosa y provocadora. Al insistir en el paso de las religiones míticas al cristianismo, elabora una teoría sobre la génesis de la cultura, más que probada por la historia y los hechos.

Alexéi Philonenko (1932-2018). Escribió una colección de artículos que se convirtió en un clásico, Ensayos sobre la filosofía de la guerra (Vrin, 1987), el filósofo especializado en el idealismo alemán se preguntaba si podemos descubrir cierta racionalidad en la guerra. Contemporáneo de Girard escenifica una discusión entre Hegel, que busca dar sentido a la violencia, y Tolstoi, que ve en la guerra el signo del absurdo de nuestra existencia. Girard le imita haciendo algo parecido con la obra de Clausewitz, De la guerra.

Pensar en la guerra exige prioritariamente tratar de definirla. Para Philonenko, es "una acción violenta que forma parte de una historia". Es esta "inscripción en una historia" es la que la hace pensable: hecho cultural, la guerra se escribe tal como se realiza, y sólo se realiza diciéndose, relatándose a la vez que se ejecuta (por eso no hay "guerra animal", aunque ciertos estudios últimos sobre colonias de gorilas atestiguan que pueden destruirse mutuamente²). Traumatizante, atormenta nuestros recuerdos y exige una historia. Pero si la guerra no calla, genera su propio lenguaje. La tarea del pensamiento es entonces traducirlo. Estamos en pleno relato mediático, desinformativo, caótico, ininteligible, por más que jueguen algunos a analistas no pueden pasar de mediocres profetas.

Como no puede ser de otra manera no hay "libro más actual" que el que Girard dedica a una obra de referencia sobre la guerra, a modo de entrevista con su amigo el ensayista Benoît Chantre, *Achever Clausewitz* (2007, reeditado por Flammarion en 2011). De este general prusiano de principios del siglo XIX, autor del célebre *De la guerre* (1832), se sabe todo, pero Girard le da una vuelta más, dada la radical diferencia del tipo de armas que hoy están en juego comparadas con las del escenario napoleónico.

¹ Entrevista a Girard de Juliette Cerf publicada el 24 septiembre de 2008. Rvt. Digital: *Philosophie*.

² <https://mundo.sputniknews.com/20210724/confirman-que-los-chimpances-y-los-gorilas-tambien-van-a-la-guerra-video-1114463066.html>

“A un minuto del apocalipsis y por qué a (casi) nadie le importa”

Un segundo libro, que se está convirtiendo en un bestseller, es el del discípulo de Girard, Jean-Pierre DUPUY. El libro empieza con un primer capítulo actualísimo, inquietante y provocador: “A un minuto del apocalipsis y por qué a (casi) nadie le importa”.

El libro de Dupuy³ comienza relatando un accidente que pudo tener lugar en el 2018 cuando un misil estratégico de largo alcance, procedente vectorialmente de Corea del Norte, parecía amenazar las islas Hawaii. Según Dupuy, es al antiguo secretario de Defensa del presidente Clinton, William Perry, al que debemos haber sobrevivido a “algún que otro apocalipsis que no se ha producido”. Nosotros podemos congratularnos de que se interpretó como una falsa alarma. El problema es que podríamos hablar de un “accidente” consumado. La diferencia entre haber experimentado el apocalipsis y seguir vivos dependía de una “arbitrariedad impensable”. Las tesis de Girard, que están detrás del discurso de Dupuy, apelan a que, si hubiera tenido lugar ese accidente, cómo recoge Girard en *Achever Clausewitz*, se hubiera podido desatar una catastrófica *montée aux extrêmes*, es decir a una escalada interminable hasta la mutua aniquilación. Lo importante aquí, para nuestro autor, es acentuar que no se trata de lo que hasta ahora se pensaba en términos de estrategia nuclear, es decir, que un ataque nuclear sería una decisión deliberada, en una tensión de reciprocidad, ante la cual no se ve otra decisión que lo que en términos estratégicos se llama a *brinkmanship* (política arriesgada tratando de forzar al enemigo a que sea él el que provoque). Lo que muestra este accidente es que hay que entrar en otra lógica distinta a la deliberada. Sí esta alerta accidental hubiera dado lugar a una respuesta exactamente idéntica automática, lo cual es bastante plausible, hubiéramos tenido que poner en práctica lo que Clausewitz, en la era de las armas que se usaban en el siglo XIX, llamaba la escalada exponencial de la violencia hasta llegar a las “tinieblas exteriores”, la aniquilación mutua.

En el análisis del resentimiento en las sociedades democráticas, que son las que están amenazadas por la guerra permanentemente, Dupuy nos remite a Eric Gans y a sus *Crónicas del amor y el resentimiento* del 20 de octubre del 2001⁴: El populismo actual en las democracias occidentales está centrado en la preocupación exasperada por las víctimas. Se trata de un resentimiento victimario que rige la vida cotidiana en la que lo políticamente correcto es la bandera. Por el mero hecho de “sentirse víctima”, aunque sea desde una perspectiva subjetiva que no necesita ser refrendada objetivamente, esta cree que su violencia resentida y revanchista está legitimada. El victimismo campa a sus anchas en la justificación y legitimación de la violencia. Nunca deja de esgrimir como argumento que la víctima tiene derecho a ejercer la venganza en revancha. Putin y Zelensky están envueltos en esta dialéctica mortal.

La rivalidad mimética entre las naciones

Esto que sucede a nivel de individuos, y grupos sociales, en la vida cotidiana es equiparable a lo que sucede a nivel de naciones. El **duelismo** se traslada de lo individual y social, a las relaciones internacionales. «Lo peor, seremos testigos, es cuando las armas, por su simple existencia,

³ Jean-Pierre DUPUY, *La guerre qui ne peut pas avoir lieu*, (Desclée de Brouwer, Paris 2018)

⁴ Eric Gans, <http://anthropoetics.ucla.edu/category/views/>

reemplazan las palabras y crean un nuevo lenguaje»⁵. Este lenguaje está dominado por la rivalidad mimética, responde a la *teoría del loco* (MAD: *Mad man theory*, que remite a las siglas *Mutually Assured Destruction*). Dupuy cita a Daniel Ellsberg,⁶ aquel que publicó en el *New York Times* los llamados “papeles del Pentágono”, cuando trabajaba como analista de datos especialista en la teoría de la “elección racional”. En su libro Ellsberg nos cuenta «el *shock* que recibió dándose cuenta del número de muertos que los planes que él había concebido entrañarían a escala del planeta: 600 millones. Ellsberg necesitaba precisarlo: 100 holocaustos»⁷. Decía así: «El tema del que trato no apasiona a las multitudes, más bien les aburre y esta es la razón profunda del hecho de que no tengan miedo. Las cifras son tan enormes que, si no dicen nada a nadie, y vamos a verificarlo más de una vez, los razonamientos alambicados les adormecen tanto que no excitan su imaginación. Los filósofos alemanes Hannah Arendt y Günter Anders subrayarán en los años 1950 la separación creciente entre aquello que somos capaces de hacer, se comprende de destruir, y aquello que somos capaces de pensar o simplemente representarnos a nosotros mismos. Hemos comprendido mal aquello que la primera llamaba la “banalidad del mal” y el segundo su “trascendencia”, que en el fondo son la misma cosa. Se trataba de decir por medio de metáforas aparentemente opuestas, que la interioridad no tiene importancia. El mal no se define ya por las intenciones de las que procede el acto, no es necesario, ya no hay que “cavar” profundo para encontrarlo, es un efecto de superficie, dice Arendt. Pero podemos decir, como Anders, que, aunque proceda de nosotros, el mal se nos presenta como viniendo de una exterioridad insondable. [...] *Lo trágico es que esto no tiene ninguna importancia*».⁸

El pesimismo de Girard y Dupuy no deja lugar a dudas sobre la potencial escalada derivada de una reacción en cadena de respuestas nucleares. Es un hecho plausible. Este último no repara en críticas a los optimistas ingenuos como Steven Pinker. Dice así en la nota 22, pág. 54: “la idea [de que existe un tabú universal al uso de las armas atómicas que impediría una catástrofe nuclear] ha sido vulgarizada por los pseudo-sabios mediáticos que practican el optimismo ingenuo irresponsable, tal como el psicólogo “cognitivo” Steven Pinker, con su best-seller *The better Angels of our Nature: why violence has declined*, (New York, Viking, 2011), defiende y que no es más un encadenamiento de sofismas.

La sabiduría, a posteriori de la *Crisis de los misiles en Cuba*, le hace recordar la reflexión de Nikita Khrushchev y que lo dice todo al respecto: «Qué bien me hubiera aportado, en el momento en el que yo desaparecería (en un apocalipsis nuclear), y en el que nuestra gran nación y los Estados Unidos de América habrían sido reducidos al estado de ruinas, el que el honor nacional de la Unión Soviética se hubiera salvado»⁹. Su actitud no beligerante le supuso la caída en desgracia en la antigua URSS.

¿Guerras preventivas?

El tema remite a Dupuy a la teoría de juegos, y al análisis de la diferencia semántica entre disuadir y “*preemption*”. A veces se traduce por prevención, pero no hace honor a la profundidad del término. *Preemption* viene del latín *emptio* (comprar) qué significa en lenguaje

⁵ Dupuy, *ibid.* 29.

⁶ *The doomsday machine. Confessions of a Nuclear Planner*, NY, Bloomsbury, 2017, pp. 270-271.

⁷ *Ibid.* 2-3.

⁸ Dupuy, *ibid.* 35-36.

⁹ Citado por D. ELLSBERG, *o.c.* 222.

jurídico la acción de comprar antes que otros. Relacionado con el lenguaje estratégico (nota 28) implica que el ataque del enemigo es inminente, es decir, que ya ha comenzado y que uno lanza sus propios misiles para reaccionar a un evento en el que la inscripción en el futuro es tan fuerte que se lo tiene por ya presente, dando por supuesto que es necesaria una respuesta. Se trata de una enorme paradoja. La prevención supone que la amenaza que se trata de prevenir es una posibilidad del futuro, que puede ser probable, entiéndase muy probable, y que uno trata de impedir mediante una acción, digamos, preventiva. Ninguna paradoja en este caso. En el inglés militar la palabra preventivo va precedida siempre de la palabra guerra -guerra preventiva- mientras que *preemptive* se encuentra siempre asociada a ataque -ataque preventivo-»¹⁰.

Aunque oficialmente se niega, nos dice Ellsberg que siempre ha estado «“en el corazón de nuestro sistema de alerta estratégica”: Para comprender mejor este punto esencial nada mejor que reflexionar sobre el nombre familiar de la “preemption”, o lanzar el primer golpe, que descansa en el oxímoron: *striking second firts*, es decir, por ejemplo, ser el primero en golpear en segundo lugar, en responder antes que el ataque»¹¹.

Esta situación aparece como un juego oculto a la mirada de los ciudadanos comunes, una especie de tablero de ajedrez de una partida entre políticos. Ellsberg se pregunta por qué ocultar esta precaria situación al público... la respuesta para Dupuy es evidente: «Si la reacción (entendiendo reacción por la esperable reciprocidad como respuesta) es necesaria para hacer la disuasión posible, también es igualmente muy peligrosa, pues incrementa considerablemente la posibilidad de un disparo decidido por un golpe de mano o por un accidente [o por un mal entendimiento entre lo que llama Dupuy “jerarquías entreveradas”]. Como ha venido sucediendo en materia nuclear, y también en el dominio civil, no se trata del miedo de los gobernantes, sino del miedo al miedo que ellos imputan a los gobernantes, lo que explica la falta de transparencia y las mentiras»¹²

Se hace necesario pensar lo impensable: la locura de la estrategia MAD. Siguiendo, en alguna medida, las tesis de Girard sacan a la luz la importancia de la mimesis en esta tensión. Para Dupuy la estrategia MAD ha de interpretarse como una cuestión psicológica en torno al “prestigio”. Tener o no tener el arma nuclear sería un factor de prestigio. En la nota 53 Dupuy nos dice: «Se trata de una causalidad histórica o en todo caso una correlación, entre el hecho de disponer de la bomba y las ilusiones de poder que esta nos da. Después de todo, la palabra prestigio significa exactamente esto. Viene del latín *praestigium*, que significa ilusión, de dónde procede la palabra “prestidigitador”. La verdadera desmitificación, aquí, consiste en decir como Anders que, sí, el arma nuclear es un factor de prestigio pero que el prestigio no es nada»¹³.

Pero, aunque no sea nada, el resultado es “la abominación de la desolación”¹⁴. El tema que inmediatamente se nos sugiere es obvio: ¿qué decir de la guerra justa? Cuando se trata de armas nucleares, este tema es más que problemático porque la hipotética victoria no sería nada más que una victoria trágica que nadie podría celebrar, porque no habrá ya vencedores para contarlos. La violencia de las armas nucleares es tan extrema que no nos podemos defender contra ellas, que el ataque sea un primer golpe del enemigo o que sea la respuesta del enemigo

¹⁰ Dupuy, *Ibid.* 59.

¹¹ *Ibid.* 61.

¹² *Ibid.* 66-71.

¹³ *Ibid.* 74-75

¹⁴ *Ibid.* 81.

a su propio primer ataque. «Nada permite concluir, mientras tanto, que la victoria de MAD, no sea más que una victoria a lo pírrico»¹⁵.

Como no podía ser de otra forma, para Dupuy, lo que hay es la enésima versión del arcaico y perenne mecanismo sacrificial, que acometió en sus obras precedentes: *El sacrificio y la envidia* y *El pánico*. Para adentrarse en un nuevo paso del debate recurre al dilema planteado en *La decisión de Sophie*: «la estructura de elección es tal que la solución sacrificial *domina*, en el sentido técnico que este término tiene en la teoría de la “elección racional”, la solución no sacrificial: el ser sacrificado perecería de todas las maneras. La de la disuasión nuclear refuerza aún más el carácter de evidencia de la racionalidad consecuencialista. ... el cálculo consecuencialista ajusta las pérdidas que sufriría el adversario, pero es evidente, en esta comparación entre escenarios alternativos, que cada uno gana y pierde al mismo tiempo que el otro»¹⁶.

En sus obras anteriores Dupuy ya había sugerido que la cuestión sobre la que descansa nuestra propia posibilidad de supervivencia no es la ética, no es el cálculo racional. La teoría mimética nos ha demostrado que el comportamiento es mimético, antes o en mayor grado que racional. Ante esta situación la ética se encuentra impotente. «Yo he sugerido que es sobre la cuestión del sacrificio (tanto del individuo como de la colectividad) en el que la ética manifiesta claramente su desgarramiento interno»¹⁷.

El problema de la disuasión nuclear no tiene solución sirviéndose de las paradojas prudenciales, de la teoría de juegos, de la ineficacia de las racionalizaciones al respecto que se han sucedido a lo largo de la historia reciente. Hemos de servirnos de metáforas y ejemplos como el juego de la “poule mouillée” [marica o la «gallina “mojada”»] para entender el arriesgado y absurdo dilema en el que nos encontramos: retirarnos de una carrera suicida, como dos coches que caminan por una autopista en dirección contraria en el que cada uno espera que el otro se rinda y dé un volantazo antes de chocar mortalmente. La alegoría más patética es la de “la cuerda del equilibrista”¹⁸, en inglés sería el equivalente el famoso: *brinkmanship*... la guerra al borde del abismo. «Podemos jugar a veces a este tipo de juegos sin catástrofe, pero tarde o temprano llegaremos a pensar que perder la cara o el honor es mucho más terrible que la aniquilación mutua. La hora llegará en la que alguno de los dos campos no soportará más verse humillado por un juego de “poule mouillée” ridículo. Cuando llegue este momento los hombres de Estado llorarán juntos por el mundo destruido»¹⁹

Girard y Dupuy nos conducen a una conclusión provisional. Respecto a la disuasión nuclear no hay respuesta unánime, no hay argumento que dé armas a un argumento contrario; no hay razonamiento que no tome la forma de una paradoja. La situación es frustrante, casi una humillación para la razón. Algunos, como Raymond Aron, dirán que ha sido eficaz la disuasión nuclear puesto que nos ha evitado la guerra nuclear, pero no es así. El que uno no quiera encontrarse de frente con una guerra nuclear no evita que pueda suceder. Para avanzar en esta línea no tenemos elección. «La ideología invasiva de los *Big Data*, que se expande hoy día como un cáncer en las Ciencias del hombre - acumulemos los datos y podremos pasar de la teoría- nos conduce piadosamente hacia el muro que implica la guerra nuclear. Porque no hay datos ni en

¹⁵ Ibid. 78.

¹⁶ Ibid. 95

¹⁷ Ibid. 98.

¹⁸ Ibid. 108.

¹⁹ Ibid. 109.

el pasado -ya que no estaríamos aquí para recogerlos- ni en el futuro, porque el futuro no nos *dona* nada. El grado cero, punto de partida del pensamiento sería aquí afirmar que es a la inversa: somos nosotros aquí presentes, nosotros los que damos existencia al futuro construyéndolo. El que nosotros perezcamos en un fuego de artificio nuclear no depende más que de nosotros. Esto es, podemos esperarlo, pero no decidir sobre él. En resumen: no escapamos a la necesidad de pensar el futuro. Para esto es necesario recurrir a la metafísica».²⁰

¿Puede Belcebú expulsar a Belcebú?

Dupuy nos invita a dos lecturas: Steven P. Lee²¹, para evaluar la potencial racionalidad del ser racional; y su amigo y maestro René Girard del cual recibe la idea de que la bomba atómica es el nuevo sagrado violento, que él nos había expuesto en *Cuando estas cosas empiecen a suceder*²²: «Lo sagrado nace de un mecanismo similar de auto-exteriorización de la violencia. Se puede decir que la bomba atómica, sobre todo en la época del principio de la Guerra fría, era nuestro nuevo sagrado»²³.

Recurriendo al término paulino que Girard reutiliza en *Achever Clausewitz* técnicamente, nos dice que el *katejon* (el primero en usarlo para el análisis político fue Carl Schmitt), es “el que retiene, el que frena la marcha hacia el apocalipsis”. «Para Girard, el *katejon* por excelencia es el satán de la Biblia, aquel del que se dice en Marcos 3,22-30: “Satán expulsa a satán”. Satán es el principio de autorregulación de la violencia. La violencia es capaz de protegerse hacia el exterior de ella misma en un movimiento de auto trascendencia y después de esta exterioridad, autorregularse y autolimitarse. Desde este punto de vista la disuasión nuclear, bajo la forma pura MAD, es la “Encarnación Suprema” de este Lucifer puramente laico, puramente humano. Se puede retomar el conjunto de las paradojas que hemos recogido en los apartados precedentes y volverlas a leer a la sombra proyectada desde este “portador de luz”. La violencia del tigre es una violencia inocente, forma parte de la naturaleza. Cómo Rousseau decía la violencia del tigre es extraña al mal. El tigre nuclear no tiene este candor. Su existencia viene de una decisión humana extremadamente arriesgada: la de dejar que se desencadene la violencia de los hombres y de sus máquinas de muerte contando con su poder de autorregulación. Esto es verdaderamente un pacto con el diablo, muy arriesgado. Belzebú no puede expulsar a Belzebú, solo multiplicarlo. Los profetas y agoreros del destino juegan a usar el pasado para deducir de él, como causa, el futuro. Pero Dupuy nos presenta otra idea extraída de Hans Jonas y Günter Anders -se detiene en la curiosa coincidencia del nombre de Hans Jonas, con el profeta veterotestamentario del mismo nombre que habría de anunciar a Nínive su apocalipsis particular-. Del gusto por el género parabólico de su amigo Anders, Dupuy nos trae a colación un texto bastante interesante. «Noé estaba cansado de escuchar a los profetas agoreros que anunciaban sin cesar una catástrofe que no acababa de llegar y que nadie se tomaba en serio. Vestido de saco y penitente aguantaba las burlas de los demás que le preguntaban una y otra vez cuándo sucedería la catástrofe. Su respuesta siempre era: mañana. «Pasado mañana, el diluvio será cualquier cosa que habrá sido y cuando el diluvio habrá sido, todo aquello que es no habrá jamás existido. Cuando el diluvio se ha llevado todo lo que es, todo lo que habrá sido, será

²⁰ Dupuy, *Ibid.* 140.

²¹ Lee, Steven P., *Morality, Prudence, and Nuclear Weapons*, (Cambridge University Press, 2018).

²² René Girard (edcs. Encuentro, Madrid 1995).

²³ Dupuy, *Ibid.* 147.

demasiado tarde para recordar, pues no habrá nadie que pueda hacerlo. Entonces, no habrá ya diferencia entre los muertos y aquellos que les lloran. Si he venido ante vosotros es para invertir el tiempo, para llorar hoy los muertos de mañana. Pasado mañana será demasiado tarde [...dicho lo cual] Un carpintero golpeó a su puerta y le dijo: déjame ayudarte a construir el arca, para que lo que viene sea falso. Más tarde un techador se une a ellos diciendo: llueve por encima de las montañas dejadme ayudaros para lo que viene sea falso»²⁴. Ojalá podamos contar que efectivamente fue una falsa alarma.

«Poniendo en escena el duelo de muertos que no se han producido todavía, esta fábula invierte el tiempo, dice Noé, en el sentido en el que el efecto (el duelo) precede a la causa (los muertos)»²⁵. Necesitamos ponernos en lo peor, predecir el efecto, para poner los medios para evitar la causa.

«La paradoja de la profecía de la desgracia se presenta como signo. Hacer creíble la perspectiva de la catástrofe necesita que se incremente la fuerza ontológica de su inscripción en el futuro. Los sufrimientos y los muertos anunciados se producirán inevitablemente, como un destino inexorable. Pero si rehusamos a convencer al mundo que este es el caso habremos perdido de vista la finalidad de este artificio, que es precisamente motivar la toma de conciencia y la acción a fin de que la catástrofe no se produzca -déjame ayudarte a construir el arca para que esto sea falso-»²⁶.

Lo que impide a esta metafísica hundirse en un fatalismo arcaico y trasnochado es la estructura que le confiere el recurso al futuro anterior: *cualquier cosa que habrá sido y cuando el diluvio habrá sido, todo aquello que es no habrá jamás existido*. La metafísica del tiempo entre el pasado y el futuro, llamada *tiempo del proyecto*, es una metafísica que tiene el futuro por necesario. Los nuevos profetas actúan buscando un punto fijo para encontrar una anticipación o una relación causal entre el pasado y el futuro. Desde la *metafísica del tiempo de la historia* las paradojas de la disuasión no se resuelven tan fácilmente como desde el tiempo del proyecto. Pero la metafísica del tiempo de la historia salva la incertidumbre del futuro, la posibilidad de que ocurra la catástrofe tanto como que no ocurra, no como posibilidades disyuntivas sino como una conjunción de estados que se revelarán a posteriori necesarios, uno u otro, en el momento en el que el presente haya elegido entre uno de ellos. En ese momento la historia se vuelve obsoleta.

Del duelismo a la Guerra total

Todo el propósito del intercambio entre René Girard y Benoît Chantre es reinscribir la contribución de Clausewitz en la teoría girardiana de la rivalidad mimética. El filósofo vuelve primero a la idea de "escalada a los extremos", que caracteriza la guerra "ideal" del general prusiano, en el sentido de que conduce finalmente al desencadenamiento total de la violencia, al exterminio del otro, único camino para ponerse fuera de peligro definitivamente. Para la mayoría de los comentaristas, esta "guerra absoluta" es una ficción o una "fantasía lógica". Solo hay "guerras reales", más medidas, controladas y tácticas que no buscan como objetivo prioritario la mutua destrucción. Sin embargo, para Girard, por el contrario, esta definición clausewitziana debe tomarse en serio. Por lo que nos ha enseñado el COVID, de misterioso

²⁴ Thierry Simonelli, *Günther Anders. De la désuétude de l'homme*, (Éditions du Jasmin, Paris 2004) 84-85.

²⁵ Dupuy, *Ibid.* 155.

²⁶ *Ibid.* 156.

origen todavía por aclarar; al que se suma Putín como punta de lanza de eventos por venir más amenazantes; y la más que predicha catástrofe ecológica que nos acecha... debemos tomarnos en serio la advertencia de Clausewitz. Se podría decir que la “escalada a los extremos” no puede encontrar, en la época de Clausewitz, las condiciones para su aplicación; que no estamos en el apocalipsis, sino que siempre estamos tendiendo cada vez más hacia ese absoluto que los hombres, en cierto modo, aún no son capaces de hacer coincidir la guerra real con su concepto, pero que llegarán allí un día. En otras palabras, no es porque este apocalipsis aún no haya ocurrido en la época de Clausewitz que no sea el horizonte último de cualquier guerra, señala Girard. “Los hombres, hay que tener la lucidez de decirlo, tienden por sí mismos a esta aniquilación”. Estamos más que nunca en un mundo al revés.

«La siguiente etapa consistirá en equiparnos de bombas de saldo a base de desechos nucleares. Parece incluso que los técnicos americanos trabajan para los terroristas sin saberlo, fabricando en este momento bombas atómicas de bolsillo. Hemos entrado pues, ya, en una era de hostilidad general e imprevisible, en la que los adversarios se menosprecian y buscan aniquilarse mutuamente: Bush y Ben Laden, palestinos e israelíes, rusos y chechenos, indios y paquistaníes, el mismo combate. El hecho de que hablemos de “Estados matones” prueba hasta qué punto hemos salido de la codificación de las guerras interestatales [...] La guerra clásica que consistía en respetar el derecho de los prisioneros, ya no existe. Apenas existía todavía en los conflictos del siglo XX. La guerra era todavía un poco una forma de contrato. Una persistencia tal en el corazón de las deflagraciones del último siglo muestra que este derecho venía de lejos, del feudalismo, de una antiquísima aristocracia. Había sido sistematizado en los siglos XVI y XVII. Carl Schmitt es a este respecto un descendiente de Grotius y Pufendorf. Esta pérdida del derecho de guerra es el síntoma claro de que Occidente está a punto de petrificarse en sus contradicciones»²⁷. Solo hay que añadir la actual contienda simétrica entre hermanos para ver la actualidad de este texto del 2007.

Superemos a Napoleón

La era contemporánea es testigo de un cambio, que se originó en una dimensión técnica: el desarrollo de armamentos, hasta la invención de la bomba nuclear. Pero hay, sobre todo, señala Girard, un cambio antropológico del que Napoleón, que “obsesiona a Clausewitz”, es el símbolo. “Clausewitz insiste [...] en el hecho fundamental de la Revolución, que es el servicio militar obligatorio. Su resentimiento le permite construir su sistema, sacar a la luz lo que los teóricos militares no ven: el hecho de que ya no hay aristocracia, que la guerra moderna ya no es un arte o un juego, sino que se está convirtiendo en una religión. Las guerras napoleónicas son la conmoción que provocó este cambio en las sociedades europeas. Incluso pienso que esta militarización es uno de los factores de la falta de diferenciación en el proceso de culminación, una vez pasada la página de los conflictos zanjados y codificados».

“Indiferenciación” es la palabra es fundamental, en el enfoque mimético de Girard. Es la falta de diferenciación entre hombres y naciones lo que genera un desencadenamiento de violencias que ya no son encauzadas por los códigos tradicionales de la guerra. Los hombres son más agresivos cuanto más se imitan unos a otros. Su parecido, cada vez más marcado, les resulta insoportable. “Los hombres se distinguen en esto de los animales, que logran contener su violencia en [...] redes de dominación. Entre los humanos se impone la imitación: “La rivalidad se vuelve gemela y los rivales se parecerán cada vez más. Si el otro se arma, yo me armo en reacción, en una precipitación vertiginosa en la que se prepara el extremo final de la violencia,

²⁷ René Girard, *Achever Clausewitz*, (Carnets Nord, Paris 2007) 131.

que siempre parece inevitable, sin llegar a serlo necesariamente. Lo que Clausewitz llama, sin desarrollarlo mucho, “principio mimético”, “acción recíproca”. Este mecanismo de acción reacción es interminable hasta ahora por la revisión de la historia permanente en la que nos encontramos. Solo que ahora la cosa ha cambiado. Como nos advierte Dupuy: «Tengo la íntima convicción de que nuestro mundo va derecho a la catástrofe. El camino sobre el cual avanza la humanidad es suicida. Hablo de la catástrofe en singular, no para designar un evento único, sino un sistema de discontinuidades, de traspaso de umbrales críticos, de rupturas, de cambios estructurales radicales que se alimentarán los unos de los otros, para golpear a pleno látigo con una violencia inusitada a las generaciones que vienen. Mi corazón se encoge cuando pienso en el futuro de mis hijos y de sus propios hijos que no han nacido todavía. Los que esperan que el siglo XXI escape a los horrores del siglo XX han olvidado sin duda que el acto inaugural, fechado el 11 de septiembre 2001, fue un evento de una brutalidad inconcebible. Creen sin duda que la ciencia y la técnica nos sacarán de todos los problemas como lo han hecho siempre en el pasado. Cuando era niño, se nos explicaba en clase de educación cívica que todas las desgracias venían de que el progreso de la ciencia no había sido acompañado de la sabiduría humana. La ciencia era pura, aunque los hombres seguían siendo malvados. ¡Qué ingenuidad! [...] Debo a Ivan Illich, este gran crítico de la sociedad industrial... haber comprendido que la humanidad ha tenido que resguardarse de tres tipos de amenazas, además de las fuerzas de la naturaleza y la violencia de los hombres; los temblores de tierra que desmoronan las ciudades gloriosas y la barbarie de la guerra que masacra, mutila, viola a sus habitantes. Es aprendiendo a conocer mejor la naturaleza como los hombres han logrado domesticarla parcialmente; es habiéndose hecho más lúcidos a cerca de los mecanismos del odio y de la venganza como han comprendido que se puede uno entender con sus enemigos y como han construido las civilizaciones. Pero existe un tercer frente contra el cual es más difícil batirse, pues el enemigo somos nosotros mismos...»²⁸.

Aniquilación diferida

El cara a cara de los gemelos abrazados crea una "sensación de hostilidad" cada vez mayor. La temporalidad de la guerra se alarga y cambia de dimensión: “La acción recíproca provoca, a la vez que posterga, la escalada a los extremos. La victoria no será inmediata; pero como no es inmediato, será total. “Entramos en el juego de varios cálculos sobre las intenciones del adversario, el cálculo de probabilidades, etc. [...] El choque, por retrasarse en la decisión, será más terrible. La violencia nunca se repara con más violencia. Ya no se puede “expulsar” (Mt 12: 24), crece sin cesar. Incluso cuando se trata de prepararse, aparentemente a la defensiva, para resistir un ataque. A partir de ahora, ataque y defensa se fusionan.

Cualquier estrategia de defensa se convierte en una provocación mimética que precipita la embestida. En este nuevo contexto, volvemos a la idea de que la guerra tiene como horizonte el apocalipsis²⁹: “El concepto de defensa incluye el de ataque [...] Y lo más probable es que haga coincidir guerra y su concepto. En nuestra contemporaneidad, existe una “primacía de la defensa” que se traduce en que “la violencia triunfará cada vez más”. Al final, la hipertrofia de la defensa, manifestación de una tensión suspendida en el tiempo, corre el riesgo de generar un ataque preventivo, el estallido último de la lógica mimética: “La negativa de uno exige la

²⁸ Cf. J-P. Dupuy, *La marque du sacré*, (Carnetsnord, Paris 2008) 31.

Pensar un poco más cerca del apocalipsis: Ante la catástrofe; Cf. También: J-P. Dupuy, *Pour un catastrophisme éclairé: quand l'impossible est certain* (Du Seuil. 5ª Paris 2002).

voluntad del otro. La observación armada no es pues en absoluto una contención de la violencia bélica, sino lo que la desencadenará de forma impredecible»³⁰.

Todavía podemos aprender del pasado

A partir de ahora, cualquier ataque se convierte en una reacción defensiva, ya que se vuelve imposible identificar quién inició la guerra. «Siempre es difícil saber quién ataca primero: en cierto modo, ¡siempre es el que no ataca! [...] Con los hombres, si nadie tiene nunca el sentimiento de agredir es porque todo es siempre reciprocidad. [...] La gente siempre tiene la impresión de que el otro es el primero en atacar, que nunca son ellos los que empiezan, mientras que, en cierto modo, siempre son ellos». Porque “ellos son todos” decía el hombre del subterráneo dostoiévskiano. Es por esto por lo que el artículo de Juan Manuel de Prada del día 2 de marzo levantó sarpullidos. La gente necesita identificar al culpable, al chivo expiatorio³¹, y no admite ambigüedades a la hora de señalar al culpable. No vale recurrir a la historia y presentar los agravios de aquellos años anteriores que sufrieron los rusos en la reciente historia ucraniana. Ambos están concernidos, Zelinsky y Putin, por un ciclo mimético, Rusia y Ucrania-UE-Otan, interminable... que podríamos remontar hasta los orígenes de los humanos europeos a pequeña escala.

René Girard toma la historia como prueba: «Fue porque dijo que estaba “respondiendo” a las humillaciones del Tratado de Versalles y la ocupación de Renania, por lo que Hitler pudo movilizar a todo un pueblo; a su vez, fue porque él “respondió” a la invasión alemana por lo que Stalin se puso en guerra contra Hitler. Es porque “responde” a los Estados Unidos por lo que Bin Laden organizó el 11 de septiembre y sus secuelas». Y sigue funcionando todavía hoy la misma retórica -llena de mentiras y mala fe- que moviliza Vladimir Putin para justificar su invasión de Ucrania.

Nada que no estuviera profetizado, piensa Dupuy³². Lo que el cristianismo aporta es la advertencia de que «el peligro inminente es que la violencia se expanda sin control. Esto es lo

³⁰ Dupuy, *Ibíd.* 38 «Los más grandes científicos del momento reconocen que la humanidad puede recurrir a dos tipos de método para eliminarse a ella misma: la violencia intestina, la guerra civil a escala mundial, y también la destrucción del medio necesario para sobrevivir. Estos dos medios no son evidentemente e independientes. Las primeras manifestaciones trágicas del calentamiento global no serán la subida del nivel de los océanos, las canículas, la frecuencia de los eventos extremos, la sequía de las regiones enteras, sino más bien los conflictos y las guerras provocadas por las migraciones masivas que la anticipación de estos eventos provocará. La concesión del premio Nobel de la paz atribuido conjuntamente a Al Gore y al GIEC han dejado bien claro este punto.

La destrucción de la naturaleza engendra la violencia, y recíprocamente la violencia destruye la naturaleza. Los hombres no destruyen la naturaleza por que la odien. La destruyen porque, odiándose los unos a los otros, no se dan cuenta de los golpes que asestan a terceros al pasar. Y la naturaleza afecta en primer lugar a estos terceros excluidos. La indiferencia y la ceguera matan mucho más que el odio. Es de notar que los científicos mencionan otra amenaza que pesa sobre la supervivencia de la humanidad: la marcha desencadenada por las tecnologías avanzadas y su convergencia».

³¹ «Parece casi una ley de la naturaleza humana que le es más fácil a la gente ponerse de acuerdo ... sobre el odio a un enemigo, sobre la envidia a los que viven mejor que sobre una tarea positiva. La contraposición del “nosotros” y el “ellos”, la lucha contra los ajenos une a un grupo para la acción común [...] El enemigo, sea interior, como el “judío o el kulak”, o exterior parece ser una pieza indispensable en el arsenal de un dirigente totalitario». Hayek, *Camino de servidumbre*, (Alianza Edt. Madrid, Séptima Impresión 2020. Orig. *The Road to serfdom*, 1ª edc. 1944) 219.

³² J-P. Dupuy, *Dans l'oeil du cyclone. Colloque de Cerisy*, (ed. Mark Anspach, París, Carnets Nord, Paris 2008) 157.

que significa: Mateo 10, 34: “No penséis que he venido a traer la paz a la tierra; no viene a traer la paz sino la espada”. Lejos de garantizar la paz perpetua [que nos auguraba Kant] el ideal cosmopolita sería más bien la condición favorable para una violencia sin límites».